

UN PAPA GRANDE

CUANDO ESTA EDICIÓN CIRCULE, EL CARDENAL Joseph Ratzinger, con el nombre de Benedicto XVI, se apresta a regir desde la Cátedra de Pedro, en Roma, a toda la Iglesia. En el próximo número daremos más información sobre el nuevo Papa y el primer Cónclave de Cardenales en este siglo y milenios que comienzan. Será motivo de regocijo y júbilo, y de agradecimiento a Dios por el nuevo papado que se inicia.

Pero se impone ahora una palabra en honor del Papa polaco. Esta edición especial que presentamos, sin pretender abarcar a plenitud la vida y obra de Juan Pablo II, lleva como única intención honrar, de forma sencilla y sentida, la memoria del hombre grande por voluntad de Dios y por su propia entrega.

La muerte de Juan Pablo II, al acecho por mucho tiempo, llegó definitivamente el primer sábado de Pascua, vísperas del Domingo de la Misericordia y siete semanas después de la muerte de Sor Lucía, la monja portuguesa a quien en su infancia le fue revelado el cruento atentado contra el hombre de la vestidura blanca.

Los hijos de la Iglesia estamos familiarizados con las imágenes de santos, cuyas vidas relatadas por sus biógrafos nos deben servir de ejemplo. Aun así, muchas veces no tenemos más que sus estatuas frías sobre los altares, mientras ellos permanecen distantes en el tiempo y en el espacio, porque no pocas veces los consideramos distantes de nuestras propias posibilidades. Sin embargo, hemos tenido el privilegio de conocer a uno, de percibirlo cercano –por la prensa, la radio o las pantallas, pero *sobre todo por sus viajes pastorales*–, atento, constante, alegre, grave, sufriente, a la vez que guardián celoso de nuestra fe. ¿Acaso su –a veces– cuestionado record de beatificaciones y canonizaciones no es una manera de decirnos que la santidad está al alcance de todos, consagrados o no?

Ya no importa tanto si el reclamo de proclamarle “santo ya”, enarbolado en la Plaza San Pedro el día de sus funerales, recibirá respuesta canónica en uno o cinco años. Era un destinado por la Gracia de Dios: desde joven quedó “solo” en este mundo –sin padres ni hermanos–; fue “invisible” a los ojos de una redada nazi en su residencia; “perdonado” por el soldado soviético que tenía órdenes de ejecutarlo; sacerdote “discreto” –con más intereses intelectuales que políticos, según los informes de los servicios de inteligencia polacos–; místico fuera de claustros; fidelísimo a la Iglesia; elegido Sumo Pontífice fuera de pronósticos humanos; sobreviviente de un atentado con arma de fuego; polaco y Papa en el momento del derrumbe soviético; “robador” de cámaras en la época de la imagen por su autenticidad; “palanca” de Dios en el momento preciso –fines del siglo xx–, en el punto preciso –Roma, sede de la cristiandad y campo regado por la sangre de los mártires de la fe– para mover al mundo y sacudir la misma Iglesia...

¿Carisma? Mucho, del verdadero y necesario: de quien descubre a Dios en los seres humanos, el de ser uno mismo en la medida que más se parece a otros por el simple hecho de estar atento a sus necesidades, sufrimientos, anhelos y esperanzas. Un buen ejemplo para los líderes –de hoy y mañana– que únicamente se parecen a ellos mismos.

¿Qué decir del sufrimiento físico? Que gran lección nos dejó: aceptar el sufrimiento como parte inseparable de la condición humana. No es que el hombre deba buscar el sufrimiento o esté condenado a sufrir. Pero quien ama la vida y desea vivir, crece también en los momentos difíciles, duros y amargos, sin fugas. Ante la facilidad con que unos proponen la eutanasia y desconocen la condición humana presente aún en la postración física o el deterioro de la mente, el Papa Juan Pablo II se aferró no al poder, sino al “hágase Tu voluntad” y abrazó su cruz hasta el fin. Así se ama a la Iglesia de Jesucristo: hasta la muerte. Sí, se le puede llamar *Joannes Paulus Magnus*.

Podremos también suponer el sufrimiento espiritual del Papa, sólo suponer. Es un don del Espíritu Santo ser elegido entre los cardenales para servir a la Iglesia, pero el servicio incluye también cargar con una pesada cruz. Y este sufrir tiene un bálsamo que sólo conocen, como él conoció, quienes se abandonan a Dios.

Y todo eso, que se sintetizó en la vida de este polaco llegado al trono de Pedro, tuvimos la oportunidad de verlo y escucharlo en Cuba. Siempre hubo un interés especial de él por los católicos cubanos y la Iglesia que aquí vive, quizás por nuestra coyuntura especial, por la experiencia que conoció en su propio país, por lo que fuera... Siempre que tenía una oportunidad hacía un aparte con los católicos cubanos: en Buenos Aires, Santo Domingo o Roma. Su atención se potenciaba cuando oía “Cuba”, y su mirada llegaba hasta el fondo. “Este Martí, este Martí...”, le oyeron decir en sus apartamentos de Roma mientras, preparando su visita a Cuba, descubría la savia cristiana que emanaba de los escritos del héroe cubano, savia fundante y diluida después en ingredientes ajenos. Gracias también a Juan Pablo II –instrumento de Dios– un cubano llegó nuevamente a formar parte del Colegio de Cardenales... Sí, hay mucho que agradecer a Dios en la vida de Juan Pablo II.

Recuerdo ahora su primer saludo al aparecer en la logia de San Pedro: *¡Alabado sea Jesucristo!* Y para él, Siervo de los siervos de Dios que invitó desde el primer momento a abrir sin miedo las puertas a Jesucristo, el mismo Jesucristo ha abierto las puertas de la Casa del Padre. Digna vida la de Karol Wojtyła; digno pontificado el de Juan Pablo II, el Grande. Ω